

LIBRO DÉCIMO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA RELIQUIA DEL PADRE.

Otro tal vez trataría de dar una idea de lo que pasó entre ese padre, que lloraba la muerte de su hijo único, y ese monje que venía á contarle los últimos momentos de aquél, en el cuarto donde los hemos dejado.

Pero, Dios nos libre de querer emprender la obra imposible, de contar el dolor de un padre que ha perdido á su hijo, ó el de un hijo que ha perdido á su padre.

Al cabo de una hora dedicada á dirigir una mirada retrospectiva sobre los últimos días de Colombán, el conde de Penhoel, á pesar de las instancias del monje para que se le colocase en otra habitación, instaló al dominico en el cuarto de su hijo, y se retiró para dejarle descansar.

Al día siguiente, el monje, temiendo que su presencia aumentase la tristeza del desventurado padre, en vez de calmarla, anunció al conde de Penhoel que iba á marchar en aquel mismo día.

— Podéis hacer lo que gustéis, padre mío, respondió el conde; tanto habéis hecho por mí que no me atrevo á molestaros más. Pero, sin embargo, si ningún deber urgente os llama á París, os suplico que paséis algunos días más á mi lado: da vista del amigo de mi hijo, en vez de entristecerme más, no podrá menos de consolarme, si es que para mí hay consuelo.

— Me quedaré aquí, señor conde, dijo el dominico, todo el tiempo que deseéis.

Y pasaron juntos un mes entero.

¿De qué modo pasaban los días?

Como habían pasado la víspera; hablando de Colombán, mirando al cielo, midiendo con la vista la extensión del Océano; cambiando nobles palabras y elevados pensamientos, como los cambian las almas en el cielo.

La pintura de uno de estos días bastará para dar á conocer todos los demás.

Por la mañana entraba el conde en el cuarto del monje, le saludaba, le tendía silenciosamente la mano, abría la ventana, sentábase en un gran sillón de encina esculpida, y una vez allí sentado, le señalaba con su pálida y flaca mano las olas que levantaban su frente sobre la inmensa llanura del Océano.

Aquí era donde se sentaba, murmuraba el pobre padre, presa siempre de un solo y desgarrador pensamiento, y de este mismo sitio en que me hallo, su mirada se perdía en el horizonte como ahora se pierde la mía. Comprendía mejor la grandeza de Dios con el espectáculo que le presentaba la inmensidad del mar. Con frecuencia solía tomar su *mapa mundi*, lo colocaba allí, en el borde de la ventana, y pasando del Océano á la tierra y de la tierra al cielo, su mirada trataba de atravesar ese espeso velo, sem-

brado de estrellas, que Dios ha extendido entre la tierra y él. Mirad, padre mío, continuaba el conde, señalando con su dedo el objeto de que hablaba; hé ahí su *mapamundi*, todavía me parece ver su mano errante sobre mundos desconocidos. Hé aquí sus libros de jurisprudencia, de medicina, de física, de química y de botánica. Hé allí su fusil, su escopeta, sus floretes. Ved allá sus cartones de dibujo, su plano, su Virgilio, su Homero, su Dante, su Shakspeare, su Biblia; porque santo ó profano, admiraba todo lo que era bello, veneraba todo lo que era grande. ¿No se diría, al ver este cuarto así, que va á entrar á saludarnos sonriendo, á sentarse y á hablar con nosotros?

El anciano dejó caer la cabeza entre sus manos: después añadió, pero esta vez como si hablase consigo mismo:

— Una de las últimas noches que pasó aquí, había tempestad. Hacía un calor sofocante: me ahogaba en mi habitación; estaba triste como si un ave de mal agüero revolotease alrededor de mi cabeza. Vi luz á través de su ventana, y sorprendido de encontrarle velando todavía á las tres de la mañana, subí á buscarle. ¿Sabéis lo que hacía, padre mío? Aprendía un nuevo idioma: estudiaba el hebreo. Era verdaderamente una maravillosa organización, una inteligencia grande y elevada.

Los hombres tienen tendencias particulares; una afición especial á tal ó cual estudio, á tal ó cual ciencia. Él, él, tenía deseo de saberlo todo, ambición de estudiarlo todo, facultades para profundizarlo todo. Creedme, no me ciega el amor de padre; no es, ni mi orgullo, ni mi cariño, lo que me hace hablar así. Preguntad á cuantos le han conocido: á sus maestros, á sus camaradas; vos mismo, porque me olvidaba que erais su amigo. ¿Y cuando pienso que algunas libras de carbón, materia inerte, han destruido esta

imagen del hombre hecha á semejanza de Dios! Con un poco de humo... es posible... ¿Y esto, no parece verdaderamente un sarcasmo?...

Domingo se levantó, acercóse al conde, y le tendió silenciosamente la mano.

— ¿De qué hablabais cuando estabais juntos? preguntó el pobre padre.

— De Dios y de vos.

— ¿De mí?

— ¡Os amaba tanto!

— Ha amado á una mujer más que á mí me amaba, puesto que su amor por mí no le ha impedido el matarse por esa mujer.

Después, volviendo á hablar con su propio pensamiento:

— Sí, dijo, esto es así, y en el equilibrio de la naturaleza, preciso es que así suceda. Es preciso que el joven ame más á la mujer que en su día será madre de sus hijos, que ama á los autores de sus días. ¿No ha dicho el Señor á la mujer: «Dejarás á tu padre y á tu madre por seguir á tu esposo?» Nos ha dejado á nosotros para seguir á la mujer, y la mujer le ha conducido á ese país desconocido que se llama la muerte.

— Allí le encontraréis un día, señor conde.

— ¿Lo creéis, padre mío? dijo, fijando su penetrante mirada en los ojos del dominico.

— Lo espero, señor, respondió éste.

— Le habéis absuelto de su crimen, ¿no es verdad?

— Con todo mi corazón, señor conde.

— Vuestra absolución me espanta, por los padres, señor. Es temible el aliento que se presta al suicidio, cuando los suicidas son absueltos.

— ¡Oh! ¡señor conde!... la muerte de vuestro hijo no

es un suicidio, es un martirio. Al que por salvar á su país se arroja voluntariamente á la muerte, le absuelvo. Día llegará, señor conde, en que las sociedades, más sólidamente establecidas, podrán juzgar á sangre fría los crímenes de la sociedad, como se juzga el crimen del individuo. Día llegará en que el Código, que emana de los hombres, se ponga de acuerdo con las simpatías que provienen de Dios. El joven que lloramos, vos como un padre, yo como un hermano, ha muerto víctima de una de esas simpatías celestiales, contrariadas por las leyes y las costumbres de una sociedad bárbara. Un hombre se ha dicho su amigo y le ha engañado cobardemente. Si la ley castigase la mentira, la muerte no sería el refugio de las gentes honradas.

— Gracias, padre mío; os doy gracias por vuestras buenas y hermosas palabras. Ellas me devuelven la esperanza, de que si se ha separado de mí por un tiempo más ó menos corto, yo me reuniré con él en la eternidad.

Después, levantándose, dijo:

— Vamos á verle.

Ambos salieron y se encaminaron hacia la tumba de Colombán.

Llegados allí, el monje observó que el conde había elegido este sitio, porque podía verlo desde la ventana de su cuarto.

La ventana de éste estaba abierta de par en par; indicaba que antes de ir á saludar al dominico, el conde había saludado esta tumba.

Sentáronse los dos sobre la roca en que el dominico había tomado el agua para rociar el féretro.

Hubo un momento de silencio.

— Según eso, preguntó el conde, como si reanudase

una conversación interrumpida, ¿vos creéis firmemente en otra vida?

El monje arrancó una rama de encina que parecía seca; arrancó de ella un botón de hoja, que parecía muerto completamente, y en el corazón del botón mostró al conde el germen del botón futuro.

— Sí, comprendió, dijo el conde; la muerte misma encierra germen de vida; pero en eso no me enseñáis más que la muerte anual, es decir, el sueño. El árbol que vive trescientos años, tiene su hora suprema, como el hombre. El invierno no es la muerte de la naturaleza, no es más que su sueño.

— Pero, respondió Domingo, el árbol vegeta y no vive. No habla, no piensa, carece de alma.

El conde no respondió.

En el cuarto de Colombán, su mano se había apoyado sobre un libro, y por distracción ó de propósito lo había llevado consigo.

Era un volumen de ese gran filósofo llamado Shakspeare.

Lo abrió y leyó; bajo primero, después en alta voz.

Había abierto en un pasaje del rey Lear, y sin duda halló en él analogías vagas y dolorosas con la tristeza de su corazón.

« Aquel cuya alma es presa de un gran dolor, es casi insensible á una pena ligera. Que una bestia feroz te persiga, y huirás; pero si en tu fuga encuentras el obstáculo de un mar iritado, te volverás para hacer frente á la fiera. Cuando el alma está libre, el cuerpo es delicado y sensible al dolor. »

Y como para poner el ejemplo al lado del precepto en

aquel momento, una de las más heladas brisas que hayan jamás salido de la boca de mármol del Oeste comenzó á soplar, y sorprendiendo al conde y á Domingo, parecía querer helar las palabras en la boca del primero, y las lágrimas en las mejillas del monje.

El joven sintió estremecerse su cuerpo, é invitó al conde á volver al castillo.

Pero éste parecía, con Shakspeare, querer probar, que en los grandes sufrimientos del alma, el cuerpo es insensible al dolor: permaneció, pues, inmóvil, continuando su lectura con voz sonora.

Colocado de este modo en la orilla del mar que se agitaba y venía rugiendo á estrellarse á sus pies, el viejo conde se parecía verdaderamente á ese gigante del dolor que se llama el rey Lear.

Sus flotantes cabellos, cuyos plateados bucles agitaba el viento, completaban la semejanza. Sólo que el uno lloraba solo la ingratitud de sus hijos, en tanto que el otro lloraba la muerte del suyo.

Sólo los padres pueden decir cuál es peor; si el llorar un hijo muerto, ó el llorar un hijo ingrato.

El conde había llegado á ese sombrío anatema, á esas dolorosas quejas que el Esquilo inglés pone en boca del padro de Goneville, de Regaus y de Cordelen.

— « Soplad, vientos; desencadenaos; agotad torrentes de lluvias y fuego, vientos, truenos y tempestades; vosotros no sois mis hijos, ni os acuso de ingratitud; vosotros no me debéis obediencia; haced, pues, de mí á vuestro gusto, el capricho furioso de vuestros crueles juegos; hé aquí, como vuestro esclavo sumiso, á un pobre anciano, agobiado con el peso de las traiciones y del des-

precio; y sin embargo, tengo derecho para llamaros cobardes ministros, vosotros que desde lo alto del cielo os aliáis con mis hijos ingratos para declararme la guerra; vosotros, que escogéis para blanco de vuestros golpes una cabeza anciana, cubierta de blancos cabellos... ¡ Oh!... lo que hacéis es una vergonzosa corbadia. »

Y el rostro y el gesto del conde de Penhoel estaban perfectamente de acuerdo con los del pobre rey Lear. Como él, se arrancaba los cabellos, y la brisa que agitaba la superficie del inmenso Océano les hacía, semejantes á copos de nieve, arremolinarse en medio del espacio.

CAPÍTULO II.

LA RELIQUIA DEL PADRE (CONTINUACIÓN).

Otras veces, cuando la escarcha de la mañana ó la tempestad nocturna habían puesto impracticable el sendero que costeaba la orilla del mar, ó cuando las heladas lluvias de marzo caían de un cielo obscuro y brumoso, como lanzas aceradas, el conde, seguido del dominico, subía, ya á la plataforma, donde le hemos visto aguardando el cuerpo de su hijo, ya al piso más elevado de la torre, que en tiempo de las guerras de provincia á provincia, de señor á señor, servía para colocar el vigia.

Allí, como Priamo, mirando desde lo alto de los muros de Troya el cadáver de su hijo, arrastrado siete veces alrededor de la tumba de Héctor; el conde de Penhoel

llamaba al suyo y recitaba los lamentos que el divino Homero pone en boca del anciano rey.

Priamo el Grande entró sin ser visto, y acercándose á Aquiles abrazó las rodillas del héroe, besó sus manos matadores, esas manos terribles que tantos hijos le mataron. Así, cuando el destino ha cogido á un hombre que en su patria ha muerto á otro hombre, y lo ha llevado á un pueblo extranjero; cuando este hombre entró en la casa de un hombre rico, en la que viene á buscar un asilo, todos los que le ven quedan estupefactos. Así quedó estupefacto Aquiles al ver á Priamo, semejante á un dios, y los circunstancias, no menos estupefactos que Aquiles, se miraron los unos á los otros.

Entonces Priamo, con ademán de súplica, le dirigió este discurso:

« Aquiles, igual á los dioses, acuérdate de tu padre, que tiene la misma edad que yo, y está á las puertas de la vejez. Tal vez algunos enemigos vecinos le apremian, y no tiene á nadie para que rechace lejos de él la guerra y la muerte... pero, en verdad, que él al menos, al oír hablar de ti, sabiendo que vives, se regocija en su corazón, y espera todos los días volver á ver á su hijo de vuelta de Troya. Pero yo, yo desgraciado como ninguno, pues que tantos valientes hijos engendré en la vasta Troya, y ninguno de ellos me ha quedado! Cincuenta contaba cuando vinieron los Aqueos. Diez y nueve habían salido de mis entrañas, y mis mujeres habían dado á luz en mi palacio los demás. ¡ El impetuoso Marte les ha roto las rodillas, y el único que quedaba ya á mi lado, que nos defendía á nosotros y á la ciudad, Héctor, tú me le has matado en un instante, cuando combatía por la patria!

» Y al presente vengo por su causa al bajel de los Aqueos, á fin de comprártele, y traigo conmigo infinitos rescates. Respeta á los dioses, Aquiles, y apiádate de mí: y acordándote de tu padre, piensa que tengo mucho más por qué quejarme que él, porque he sobrellevado tales cosas, que ningún otro hombre vivo ha soportado todavía en la tierra, y es tender mi mano hacia la boca del hombre que ha matado á mi hijo. »

Otras veces era el décimo canto de la divina comedia del Dante, lo que asaltaba el pensamiento del pobre padre. Pero lo que él veía en este décimo canto no era á Defarinata de los Uberti, más atormentado por la derrota de los suyos que por su lecho de fuego, no. Era la ansiosa figura de Cavalcanti, de esa sombra paternal que busca á su hijo alrededor del Dante.

Y entonces, en la lengua en que habían sido escritos, recitaba estos hermosos versos del desterrado florentino:

« Allí, lejos de la patria, donde la tumba estaba deseu-
bierta, apareció la cabeza de otra sombra, que parecía es-
tar colocada sobre sus rodillas.

» El fantasma miró alrededor mío, como buseando á alguno, y cuando se desvaneció su esperanza, me dijo llo-
rando:

— « El poder del genio te habrá abierto esta negra
prisión. ¿ Dónde está mi hijo y por qué no le veo á tu
lado?

» Y yo á él:

— « No vengo solo por mi propio poder. El sabio que
me dirige, está aquí cerca de nosotros. Tal vez vuestro
guía desdeñó demasiado este sublime maestro.

» Sus palabras y su género de suplicio me habían reve-

lado el nombre de esta sombra. Mi respuesta fué, pues, clara y precisa.

» Pero alzándose de pronto el fantasma :

» ¿ Por qué has dicho, *desdeñó* ? ¿ Ha dejado de respirar y la dulce luz del sol no alegra ya sus ojos ?

» Y como tardase en responder, cayó desplomado en su féretro, y no volvió á aparecer más. »

Y al llegar aquí, el conde, cuya amarga pena no se ocultaba, acostumbraba decir :

— Éste es el que más sufría, porque sufría en silencio y sin quejarse.

Y sin embargo, poco á poco el monje, como un padre que guía y dirige á un niño ciego, guiaba y dirigía el dolor del anciano por el camino de la resignación.

Ya hemos dicho que esta convalecencia moral, á que había llevado el dominico al padre de Colombán, duró cerca de un mes.

Sería á mediados de Marzo, cuando una mañana, antes de la hora en que el conde tenía costumbre de presentarse en el cuarto del dominico, éste se presentó en el cuarto del conde.

Llevaba una carta en la mano, y su rostro parecía á la vez alegre é inquieto.

— Señor conde, dijo, en tanto que nada me llamaba á París, he permanecido al lado vuestro ; pero hoy me es preciso dejaros.

— ¿ Absolutamente ?

— Hé aquí una carta de mi padre, que me anuncia su llegada á París, y hace ocho años que no veo á mi padre.

— Vuestro padre es dichoso en tener tal hijo. Marchad, amigo mío, no os detengo.

Pero el monje, calculando la fecha de su carta y la llegada probable de su padre á París, concedió todavía veinticuatro horas al conde, y se convino en que Domingo no marcharía hasta el siguiente día,

Pasó éste como habían pasado los demás ; con un aumento de tristeza.

Pasaron la última noche en el cuarto de Colombán.

Pasaron revista á todo lo que habían dicho y hecho en este mes, que el pobre padre hubiera querido eternizar.

El conde suplicó al dominico que volviese tan pronto como sus deberes se lo permitiesen.

El monje dominico se lo ofreció de todo corazón.

Prometió además empezar desde su llegada á París una correspondencia, que debía ser tan preciosa al padre como al amigo.

Hablaron así hasta muy entrada la noche, sin inquietarse ni mirar la hora.

Domingo contó de nuevo al conde de Penhoel, por décima vez, las circunstancias en que había conocido á su hijo.

Lo hizo también con minuciosos detalles de los menores accidentes de su vida en París, cuando, siempre apremiado por el conde para que siguiese adelante, y llegado que fué á la causa principal de la muerte del joven, se detuvo dudando.

— Continúad, dijo el conde.

Pero hablar al padre de la mujer que había causado la muerte de su hijo, era una dificultad que no había abordado hasta entonces. Estaba, pues, colocado en el caso terrible de que el padre le exigiese el llenar tan triste deber.

El modo con que se lo había indicado el conde era tan

sencilló, que la palabra expiró en los labios del dominico.

— Continúa, amigo mío, dijo el conde con firmeza.

— ¿Queréis que hable de ella? preguntó el sacerdote.

— Sí; ¿quién es esa joven á quien amaba?

— Una santa en tanto que él ha vivido; una mártir, desde que ha muerto.

— ¿La habéis conocido, amigo mío?

— Como conocía á Colombán.

Y contó entonces la piedad de Carmelita para con su madre; cómo muerta ésta sin confesión, le había enviado á llamar para que no fuese enterrada sin que se orase por ella: cómo Colombán había conocido á Carmelita durante esta velada fúnebre.

Después contó la llega de Camilo, la vida de los tres amigos, la marcha de Colombán, su vuelta, la marcha de Camilo, la larga espera de Carmelita, el amor de los dos jóvenes durante esta ausencia, la carta que anunciaba la vuelta del criollo; por último, la terrible catástrofe en que el uno sucumbió, y á la que la otra sobrevivió.

El conde escuchó esta relación inmóvil, con las manos cruzadas, la cabeza echada á la espalda y la mirada fija en el cielo de la habitación.

De tiempo en tiempo, una lágrima muda y silenciosa surcaba las mejillas del anciano.

Después, cuando el dominico hubo concluido:

— ¡Qué felices hubieran sido aquí, á mi lado, en esta vieja torre de Penhoel! dijo.

Y después añadió suspirando:

— ¡Y yo, qué feliz hubiera también sido con ellos!

— Señor conde, dijo el dominico viéndolo al conde en semejante disposición de ánimo; ¿no llevaré á Carmelita el perdón del padre de Colombán?

El conde se estremeció y pareció como dudar.

Después, con inexplicable acento:

— Que Dios perdone á esa joven, como yo la perdono, dijo levantando al cielo sus manos.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, se levantó, y con el paso regular y firme que le era habitual, se dirigió á su secreter.

El cuarto, donde ardía una lámpara, próxima á apagarse, estaba casi á oscuras. Buscó un momento para encontrar la llave; la halló por fin, levantó la tapa, abrió un cajón, y metió en él la mano, como el que sabe el sitio donde está á punto fijo la que busca.

Sacó un pequeño paquete envuelto en un papel de seda.

Se acercó al mismo tiempo al monje, y á la lámpara.

El monje le alargó la mano.

— Gracias por haber perdonado á esa pobre mujer. Vuestro perdón es su vida.

— No basta, padre mío, perdonar á esa joven respondió el anciano, y pienso con terror en su desesperación por haberle sobrevivido. La compadezco con toda mi alma, y hago voto de rogar también por ella siempre que lo haga por él. En fin, como una prueba de recuerdo á la mujer que había elegido mi hijo, le doy el único tesoro que me queda en este mundo. Es un bucle de sus cabellos rubios, cortados por su misma madre en el mismo día de su nacimiento.

Al pronunciar estas palabras, abrió el papel, tomó una pluma, y escribió en él estas palabras:

— « Perdono y bendigo á la mujer que mi Colombán ha amado.

Y firmó:

» CONDE DE PENHOEL. »

Después llevó á su boca el bucle de cabellos: lo besó largo tiempo con ternura, y lo alargó silenciosamente al monje.

Domingo lloraba, y no trataba de ocultar sus lágrimas, porque no eran ya lágrimas de dolor las que derramaba, sino de admiración.

Admiraba la grandeza de aquel padre que se despojaba de su reliquia más preciosa, para darla á la mujer que había causado la muerte de su hijo.

Al día siguiente los dos amigos, después de haber visitado la tumba de Colombán al salir el sol, se abrazaron estrechamente, despidiéndose hasta la vista, ignorando que tan terribles acontecimientos pasarían entre ellos, que sólo se volverían á ver en el cielo.

CAPÍTULO III.

EL ÁNGEL DEL CONSUELO.

Dejemos al viejo conde de Penhoel sentado, con la cabeza inclinada hacia la tumba de su hijo, y volvamos á esa pobre desesperada que se llamaba Carmelita.

La habitación que ocupaba en la calle de Tournón, se componía de tres piezas, como la que había tenido en la calle de Santiago.

Como ya hemos dicho, había sido adornada y amueblada según los deseos de sus tres jóvenes amigas: Regina, Mad. de Marande y Fresolina. Pero lo que, sobre todo, y tal vez con más conocimiento del carácter de Car-

melita había dado armonía á este conjunto, y presidido particularmente al arreglo del dormitorio, había sido Fresolina.

Habíanse colocado en este dormitorio todos los objetos que amueblaban el pabellón de Colombán.

El piano en que él y Carmelita habían cantado aquella postrera sinfonía, canto del cisne, que debía presagiar la muerte de los dos amantes, y que no había predicho más que la de uno de ellos.

Regina y Mad. de Marande habían querido oponerse á la traslación completa de los muebles de Colombán al cuarto de Carmelita.

Pero Fresolina había comprendido sus temores y había insistido.

— Sin duda, hermanas mías, había dicho, si se tratase de otra que no fuese Carmelita, lo que yo quiero hacer, á pesar de vuestras observaciones, sería una imprudencia y tal vez una crueldad. Una mujer que hubiera amado á Colombán como ordinariamente se ama, hubiera encontrado al pronto cierto consuelo en vivir rodeada por los recuerdos de ese amor. Pero poco á poco y á medida que pasara el tiempo, que el olvido se sobrepusiera á su dolor, estos objetos, en vez de ser para ella un motivo de consuelo, se hubieran trocado en objeto de enojo, después de fatiga, y un día, por último, cuando ya estuviere completamente curada de ese amor, un objeto de fastidio acaso. Pero, tranquilizaos, hermanas mías, conozco á Carmelita, y nada más distante de ella que lo que acabo de suponer. Su dolor será eterno, como su amor, y este cuarto será un tabernáculo, donde, como en un arca santa, vivirá el recuerdo de Colombán. Hagamos lo que os digo: dentro de diez años, como hoy, Carmelita os dará las gracias.

Dióse entonces carta blanca á Fresolina respecto al dormitorio, y la joven, por su parte, dejó en completa libertad á sus compañeras respecto á las demás piezas de la casa.

En lugar, pues, de cortinas de telas pintadas de vivos colores, como las que Camilo había empleado para cubrir las paredes de la casa de Meudón, Regina adornó la nueva con severa sencillez; era la casa de tintas oscuras y tristes de una viuda, y no la risueña y alegre habitación de una joven. Así que, Carmelita, al entrar en ella, había sentido una indefinible impresión de melancolía, que estaba perfectamente de acuerdo con el estado de su corazón, como en opuesta esfera le había pasado al de Rosa de Noel, al dejar su chiribitil de la calle Triperet, por su paraíso de la calle de Ulm.

En el momento en que empieza este capítulo, Carmelita, pálida siempre (debía conservar esta palidez hasta su muerte), débil todavía, se hallaba echada en un sofá, y miraba, pintada en sus ojos una indecible melancolía, á una joven que, sentada á su lado en un alto taburete, acababa de contarle una sombría historia.

Esta joven era Fresolina.

Recordarán nuestros lectores que la encantadora niña había pedido permiso á Salvador para no guardar secreto ninguno á Carmelita, y que aquél se lo había concedido.

Hé aquí lo que á sí misma se había dicho, con esa inteligencia del corazón que casi se eleva á la altura del genio:

— Carmelita tal vez curará del cuerpo, pero no ciertamente del alma. Se dice que hay una ciencia nueva, que se llama *homeopatía*. Esta ciencia es el arte de curar por los similes. Pues bien, contando á Carmelita una historia

más triste todavía que la suya, es posible que Carmelita, ese corazón de oro, esa alma de ángel, apta para comprenderlo todo, para sentirlo todo, deje de verter lágrimas cuando la diga: «Hermana mía, basta de llorar; basta de sufrir. ¿Crees acaso que eres la única desgraciada en la tierra? ¿Ignoras que hay miserias tan grandes, que tus ojos se cerrarían en vista del vértigo que te producirían antes de sondearlas? Yo misma que te hablo he visto rostros en que han abierto surco las lágrimas, como lo abren los torrentes al despeñarse por la montaña. Pero conozco también almas fuertes encerradas en cuerpos bien débiles, que en vez de llorar, han enjugado las lágrimas de quien lloraba; que en vez de morir, han combatido.

Y entonces, aquella pobre niña, tan duramente probada á los diez y ocho años, había contado á Carmelita su propia vida; es decir, una vida de sufrimientos, sin tregua ni reposo, pero que, sin embargo, había cambiado completamente el día en que había abordado á aquel puesto encantador de la calle Macón, al soplo del amor de Salvador.

Tal vez un día contaremos esta vida; pero ¿cuándo? pero ¿cómo? Por ahora lo ignoramos, enredados como nos hallamos entre la serie de acontecimientos que forman el nudo de este libro.

Carmelita había oído, llorado y gemido: después, bajo el peso de una profunda impresión:

— ¡Oh! querida hermana, había dicho; tú también has sido rudamente probada por el dolor. Abrazame, y confundamos las lágrimas de nuestra juventud, como hemos confundido las alegrías de nuestra infancia.

Entonces Fresolina se había arrojado en brazos de su amiga, y ambas á dos, estrechamente enlazadas, unidos los cabellos negros de Carmelita á los rubios cabellos de

Fresolina; pegados los labios pálidos de la una á los labios purpúreos de la otra, habían aspirado en un largo beso sus comunes dolores, y el ángel del consuelo había extendido sus blancas alas sobre sus dos hermosas cabezas.

Carmelita, después de un largo silencio, replicó:

— Tienes razón, Fresolina; sólo es propio de almas débiles dejarse vencer por el dolor. Por el contrario, los corazones como el tuyo se depuran y regeneran por el dolor. Gracias, hermana mía, por la lección que me acabas de dar. Desde este momento seguiré tu ejemplo, y así como tú te has salvado de la muerte por el amor, yo quiero entrar en la vida, conducida de la mano por el trabajo. Un día, él me dijo que había nacido para ser una gran artista. No quiero que su predicción sea mentida; mi Colombán no podía mentir. Seré gran artista. Se dice que á veces es necesario un gran dolor para desarrollar un gran genio: ese gran dolor ya lo he experimentado. ¡ Gracias á Dios! que su voluntad se cumpla. Yo pediré al arte sus misteriosos y sublimes consuelos. No te inquiete ya más mi vida, querida hermana de mi alma; pensaré en él y seré grande.

— Bien, Carmelita, dijo Fresolina; ten por seguro, que ya que no la felicidad, Dios te concederá al menos la gloria.

En el instante en que Fresolina acabó de pronunciar estas palabras, se oyó el sonido de la campanilla de la puerta de entrada.

Á este ruido, que nada tenía de alarmante, la palidez de Carmelita se aumentó de tal modo, que Fresolina, creyendo que su amiga iba á desmayarse, lanzó un grito de terror.

— ¿ Qué tienes? la preguntó.

— No sé, dijo Carmelita, pero acabo de sentir una extraña sensación.

— ¿ Dónde?

— En el corazón.

— ¡ Carmelita!...

— Escucha: ó yo estoy loca, ó la persona que acaba de llamar me trae noticias de Colombán.

La doncella de Carmelita entró.

— ¿ Quiere la señora, dijo, recibir á un sacerdote que acaba de llegar de Bretaña?

— ¡ Fray Domingo! exclamó Carmelita.

— En efecto, señora, es él; pero me ha prohibido que os lo dijese, por temor de que causase en la señora una desagradable impresión.

La frente de Carmelita se cubrió de un sudor frío.

Apretó convulsamente la mano de Fresolina.

— Y bien, preguntó, ¿ qué te había yo dicho?

— Tranquilízate, Carmelita, dijo la joven, enjugándole la frente con su pañuelo; tranquilízate, hermana mía. ¿ Es así, por ventura, como piensas regenerarte? Palideces en la primera lucha, y sin embargo, ¿ qué prueba más débil podía hacerte sufrir la Providencia, que la de enviarte ese amigo de tu pasado?

— Tienes razón, Fresolina, dijo la joven; pero mírame, ya estoy tranquila.

— Después, volviéndose á la doncella, añadió:

— Decid á fray Domingo que pase.

Fray Domingo entró.